

¿TIENE FUTURO LA IGLESIA?

No se trata de una pregunta retórica, de esas que se hacen para desarrollar una respuesta que ya antes se conocía. Al contrario, es una interrogante cada vez más habitual en nuestro continente europeo y expresada con un tono de verdadera inquietud.



LA pregunta surge en un humus abonado no solo por el descenso numérico de fieles y ministros, sino por las evidentes dificultades para la transmisión de la fe a los más jóvenes junto con la caída en picado del interés religioso entre los valores socioculturales. Si planteamos la pregunta de otra manera, podemos decir: ¿seremos nosotros los últimos cristianos de Europa?

¿Tendrá algún tipo de respuesta una cuestión tan compleja, en la que además de intervenir tantas variables es muy fácil proyectar, todos y cada uno, nuestros deseos personales? ¿No sería mejor acudir a la bola de cristal o buscar a alguien que nos eche las cartas? Fácil o difícil, no lo sé, pero desde luego no es una reflexión que, responsablemente, debamos evitar o dulcificar.

La promesa evangélica de la permanencia de la Iglesia en la historia no significa que «esta» Iglesia, la europea, tenga asegurado su futuro. No nos faltan

ejemplos de Iglesias concretas desaparecidas de la historia tras una época floreciente, como es el caso de la norteafricana, sin que ello haya supuesto la desaparición de «la» Iglesia.

¿De qué manera lo que hagamos o dejemos sin hacer hoy acabará marcando, abriendo o cerrando nuestro mañana?

Para empezar, creo que es bueno mirar con gratitud al pasado más próximo. ¿Cómo no reconocer que, si tenemos presente, y quizá futuro, se debe en gran medida al cambio que nos trajo el Concilio y el consiguiente esfuerzo de adaptación de las generaciones que lo pusieron en marcha? Por otra parte, este agradecimiento a nuestros mayores en la fe de ningún modo puede confundirse con el recurso a una especie de «túnel del tiempo hacia atrás» en el que

algunos –y sorprendentemente bastantes jóvenes– parecen pastoralmente empeñados.

Por otra parte, pensar en el futuro de la Iglesia nos obliga a estudiar su presente. Los retos a los que nos enfrentamos, así como las oportunidades y facilidades que se nos ofrecen, son ocasiones para impulsar o malograr

esa reforma eclesial que el papa Francisco nos recuerda frecuentemente. Todos los tiempos, y también este que nos toca vivir, son aptos para la evangelización, cada uno según su configuración. Pues bien, ¿cuáles son esos desafíos y oportunidades que están ya exigiéndonos respuestas? Dicho con otras palabras, ¿de qué manera lo que hagamos o dejemos sin hacer en el hoy acabará marcando, abriendo o cerrando nuestro mañana? Claro que el Espíritu Santo, que habita y orienta a la Iglesia, podría actuar sin atarse a nuestros planes, pero prefiere hacerlo con nosotros, a través nuestro; basta leer el libro de los Hechos para confirmarlo.

Un primer desafío presente para la Iglesia podríamos titularlo como los «números». Podemos referirnos al descenso de los que acuden a la misa dominical y al resto de las celebraciones sacramentales, descenso del número de presbíteros, religiosos y religiosas, misioneros y misioneras, laicos y laicas con encargo pastoral, descenso de los que se auto-identifican como católicos... Sin olvidar, pero sin mezclar, las dificultades económicas de comunidades y diócesis. Estamos en una situación de «minoridad». Somos menos, parece que seremos todavía menos, y no sé si somos mejores. ¿Cómo situarnos?

Un segundo punto se refiere a la creciente movilidad de la población. No me refiero ahora a la movilidad forzosa, la de personas emigrantes y refugiadas, sino a los traslados y movimientos integrados en la agenda normal. Sin embargo, mucha actividad de la Iglesia está pensada para personas y familias que viven, trabajan y se divierten en la misma ciudad o, como mucho, en el mismo territorio, y generalmente a lo largo de toda su vida adulta. Pero esto ha cambiado y seguirá cambiando: cada vez más se vive en un domicilio, se estudia o trabaja en otro y se pasan muchos fines de semana y vacaciones viajando o en otros lugares. ¿Cómo afrontar este cambio?

Vivimos en un ambiente de indiferencia religiosa. Ya pasaron los tiempos del ateísmo militante. Hoy no se mantienen aquellos conflictos entre creyentes y ateos, porque esta cuestión religiosa no importa nada en la vida y en las decisiones cotidianas. La secularización, que

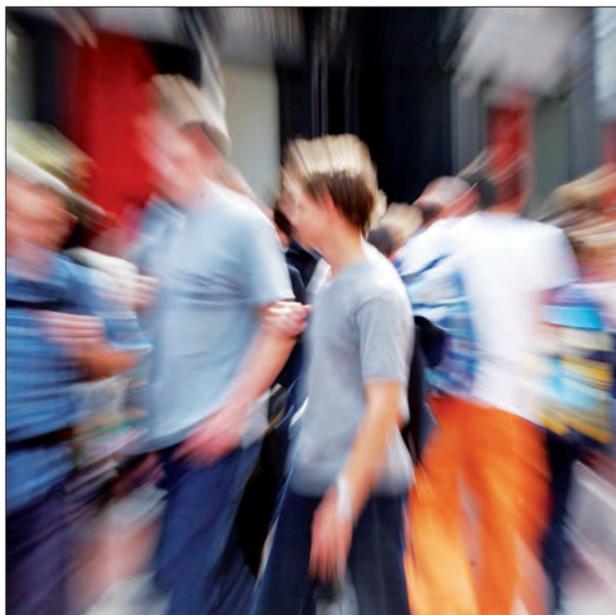
pasó del ámbito intelectual al ámbito de lo social, ha alcanzado de lleno ahora a los sujetos, que pueden vivir perfectamente sin Dios, sin pregunta religiosa, tan tranquilamente. Y nosotros, como cristianos y como Iglesia, vivimos ya como en un exilio en nuestra propia casa, en palabras del papa Francisco en un continente espiritualmente desertizado. ¿Exagerado? No lo creo. Sea lo que sea: ¿cómo mantener nuestra identidad en un contexto tan erosionante? ¿Cómo anunciar al Dios de Jesucristo en Babilonia?

Alguien habló hace unos años de un «cisma sote-rado» en la Iglesia católica. Es decir, existe una desavenencia, una ruptura entre un grupo de fieles, creciente, y las posiciones de la moral católica oficial. Miro a mi alrededor y compruebo lo acertado de la expresión: prácticamente nadie (de entre los creyentes, claro) discierne ni actúa de acuerdo con la posición del magisterio ni en

cuestiones de paternidad responsable, ni en las de vida sexual y afectiva, ni en las relacionadas con la vida de pareja. Tenemos, la Iglesia, una asignatura pendiente con el sexo, el afecto, el placer y el género. ¿No habrá posibilidad de actualizar la propuesta evangélica en este campo?

La vida de la Iglesia y el cumplimiento de su misión tropiezan insistentemente con unos lenguajes que dificultan la comunicación. Nos pasa con el lenguaje litúrgico, el catequético, el dogmático, el moral, el teológico, el místico, el kerigmático, el simbólico-sacramental...

Nos cuesta expresar nuestra fe de manera comprensiva en nuestra cultura. Es una cuestión de fondo: ¿comunicamos lo que hay que comunicar? Pero también de forma: ¿comunicamos como hay que comunicar? Nos acusan de verbalistas y aburridos, ¿tendrán razón? ¿No es urgente repensar las verdades esenciales del cristianismo para hacerlas, al menos, inteligibles en nuestra cultura? Y tan urgente como esto es enriquecer nuestra comunicación con una integración más decidida de otros lenguajes como la danza, el arte, el testimonio y lo audiovisual.



En un ambiente de indiferencia religiosa resulta difícil mantener la identidad cristiana.